

## ***Poesía completa.* Jacobo Fijman. 2005. Buenos Aires: Ediciones del Dock.**

La poesía completa, de Jacobo Fijman, la del desvarío y la errancia, la exclusión y el confinamiento, adquiere el estatuto de evangelio alucinado de quien se nombra *desaparecido, el más ausente: el juntador de formas*. Expulsado como lector de la Biblioteca Nacional por las mismas insustanciales causas que lo llevarán a permanecer detenido en la cárcel de Villa Devoto, internado en el Hospicio de la Merced, más tarde en la Colonia de Alienados Open Door, y finalmente de nuevo en el Hospicio de la Merced, que ahora lleva el nombre de Hospital Borda, declara, en sus poemas de 1926, su extravío, invoca a Dios, clama piedad.

Nace en Orhei, Besarabia, actual Moldava, el 25 de enero de 1898, y a la edad de 4 años llega con su familia a Buenos Aires. Los destinos siguientes son la Provincia de Río Negro, donde su padre trabaja en el ferrocarril, y la localidad bonaerense de Lobos. A los 17 años Fijman abandona a su familia y se instala en Buenos Aires, donde estudia filosofía antigua, griego, latín, obtiene el título de profesor en el Instituto de Lenguas Vivas y ejerce la docencia, etapa que se clausura definitivamente no bien sobreviene su primera crisis mental. Es cuando escribe “Se erizan los cabellos del espanto/¿A quién llamar?/¿A quién llamar desde el camino tan alto y tan desierto?” En el breve lapso entre 1926 y 1931 se editan sus únicos tres libros de poesía. Cinco años y tres libros, el término y la obra para un propósito singular e inaplazable, ya que, después de ser bautizado a la fe católica, a los 33 años es ya el místico que se anuncia años antes: “Me hago la señal de la cruz a pesar de ser judío.” Nunca deja de ser un extranjero y su vida, signada por el aislamiento y la privación –toca el violín en bares, el magro sustento–, parece predestinada a un permanente exilio. En una de las requisas policiales previas a quién sabe cuál de sus infinitas internaciones, secuestran de la habitación que alquila, sus pertenencias, poca cosa: algún pantalón, libros de cubiertas rústicas, una valija que contiene formas geométricas hechas de cartón piedra, un par de zapatos color rojo o naranja –del color que irradian las lámparas nocturnas en las telas de Van Gogh–. Entre 1927 y 1928 viaja a Europa y en

---

<sup>1</sup> Me refiero al volumen *Aquí no vuelan las mariposas –Poemas y dibujos infantiles– Terezin 1942-1945*.

París conoce a André Breton, a Paul Eluard, a Antonin Artaud. 1942 es el año de su internación definitiva.

En *Molino rojo* (1926) Fijman invoca atardeceres, silencios de bosques, sentimientos. Escribe “se enardecen de llamas y de gritos los desiertos y el sudario más frío es uno mismo” y cabe preguntarse qué lo induce a exclamar “puedo ser un gran sueño...!” , para postular en la línea siguiente o la siguiente, en la página siguiente, al día siguiente, que “es muy larga la noche del corazón”. Alternadamente sometido a tratamientos con altas dosis de sedantes y electroshock, su corazón fibrila –en sus propias palabras– ante *desolaciones, pavores, palomas muertas*. La larga noche del corazón es también un *perpetuo insomnio*, en cuyo transcurso los pasos de Fijman recorren de un extremo a otro los pabellones del hospicio, “olfatean como perros un lobo imaginario”, y prefiguran en ese deambular los límites del destierro que termina habitando.

Se diría que este primer libro inicia el curso de una inevitable trilogía: no un libro de poemas, ni dos: tres. Tres libros, tres instancias, tres estaciones en las que el judío, el converso, el místico, encarna la fatal sucesión. Al cabo de tres años se publicará *Hecho de estampas* (1929), que con sus fulgores y extravíos, semeja una especie de breviario. Compuesto por catorce poemas sin título que oscilan entre la devoción, el desasosiego y el abandono, el poeta nos interpela en cada rogatoria: “Oye en mi soledad tu soledad”, y luego la “Canción de cuna que no ha agradao a nadie” que, en su inocencia, estremece. En este, como en la mayoría de sus textos, Fijman nombra corderos, lobos, recién nacidos y luego sentencia oscuras epifanías: “Re-gocíjate, niño, la presencia graciosa de la muerte/ reparte en sombras alternadas el olor de los ángeles/ y levanta tus sordos desamparos.”

Como las inscripciones halladas entre dibujos infantiles en los muros del gueto de Terezin<sup>1</sup>, la suya es también una poesía del encierro, de la espera, de la extenuación. Así lo enuncia cuando escribe “El patio del hospicio es como un banco/ a lo largo del muro”. Un banco contra un largo muro en el que treinta mil y una manos, de un lado y otro del océano, entre las cercanías de Praga y Buenos Aires, trabajan sin saberlo en la escritura de un mismo poema: “Señor, todo se angustia en mí y en mí padece” (Fijman)/ “nos hemos acostumbrado a que de vez en cuando lleguen por aquí mil infelices y que otros mil partan, de tanto en tanto” (Peter Fischl, 15 años, muerto en Auschwitz en 1944), “Tú que

vuelves por llanto la soledad, la muerte" (Fijman)/"otra vez el miedo se arrincona en el gueto/ y uno no puede saber si es mejor ver esto o morir de inmediato" (Eva Pickova, 12 años, nacida en Nymbork)/"Ha entrado la noche en nuestro llanto" (Fijman)/"pues aquí no vuelan las mariposas" (Pavel Friedmann, 4 de junio de 1942). La verdad de los niños en Terezin. La verdad en Fijman, y sus palabras desde el hospicio hablándonos de poesía: "hasta ella se espanta en este sitio".

La última estación, el tercer libro, "Estrella de la mañana" (1931), alumbra anunciaciones y plegarias, pero Fijman es ya el eremita en su desierto: "En mí tu creación pierde sentido; nada tiene sentido, ni la muerte", y cada poema parece apuntar como una flecha hacia ese tiempo de reclusión que sobrevendrá once años más tarde. Es en ese trance religioso que el poeta escribe "En Dios se inclina la esperanza, ceñida en Dios, en todo y nada, en Dios perfecta", y hacia el final del libro: "Ángeles de la muerte/ parten las soledades/ de la vida y la muerte/ Ángeles de la muerte". Los poemas no reunidos en libro, los que corresponden a los años que preceden al encierro final, hacen centro en una misma súplica: "más líbreme el señor de todo hastío/ de pecado y dolor, que así lo quiero".

Jacobo Fijman. El 30 de diciembre de 1970 muere en el Hospital Borda, y acaso se trate de preterir esa crónica y, por qué no, toda su biografía, e ignorar el pormenor de la incomprensión y el desamparo, las aleatorias circunstancias de la pobreza y la soledad, y así entonces leer su poesía desde el olvido de su propia existencia. Leer desprevenidos "roe mi frente dura el lobo de la media noche" como si él, Fijman, no hubiera estado jamás aquí, entre nosotros. Ni su locura.

Gabriel Bellomo